



Entrada al Prado por la Carrera de San Gerónimo.

EL VIAJERO DE LOS NIÑOS.

X.

(Continuacion de Madrid.)

*Paseo del Prado.—Dos de Mayo.—Tiboli.
Paseos al Canal.—Real Casino.*

Como el objeto de nuestros viajeros era el de seguir recorriendo los principales paseos y jardines de la corte, pero sin sujetarse á una clasificacion dada, porque esto les hubiera producido una incomodidad mas bien que un placer; se dirigieron por la tarde á pasear al Prado. Aunque Enrique ya le habia visto en cierto modo atravesándole para ir al Mu-

Tomo III.

seo de Pinturas, quedó sumamente complacido del agradable aspecto que presenta desde su entrada por la Carrera de San Gerónimo, á la hora en que la sociedad elegante frecuenta este hermoso paseo. Dieron algunas vueltas por el espacioso Salon, primero por la parte llamada *paseo de Paris*, y luego por el otro lado, hácia la fuente de Apolo, donde Enrique tomó alegremente parte en los festivos y bulliciosos juegos de los muchos niños que allí se reúnen. Tanto se engolfó en esta diversion, que D. Manuel, que se habia sentado en una silla de las que allí se encuentran, creyó que por aquella tarde le sería imposible sacar otra utilidad del paseo que la que de distraerse resultaba al niño; pero la casua-

lidad le sirvió á las mil maravillas, ahorrándole su acostumbrado trabajo de *cicerone*. En uno de los momentos en que Enrique cansado y jadeante habia venido á tomar aliento al lado de su padre, se sentaron detrás de ellos dos caballeros, uno de los cuales parecia por su acento, extranjero.

—Este paseo, dijo éste, puede competir con los mejores que he visto en otras naciones de Europa.

—Pues todo en él, respondió el que parecia español, se ha hecho á fuerza de trabajo y perseverancia. Antiguamente era un sitio inculto, de desigual terreno, ocasionado para toda clase de aventuras y desafíos; hasta que el rey Carlos III y su ilustrado ministro el conde de Aranda, siguiendo la traza que dió el capitán de ingenieros D. José Hermosilla, haciendo desmontes, plantando infinidad de árboles, y venciendo todo género de dificultades, le transformaron en un precioso paseo, de 8,755 piés de estension desde el convento de Atocha á la puerta de Recoletos.

—Este hermoso *salon* en que nos hallamos tambien es bien grande.

—Tiene de largo desde la esquina de la calle de Alcalá á la Carrera de San Gerónimo 1,537 piés, y de ancho 140 hasta la barrera de hierro bronceado con elegantes reverberos de gas, que le separa del paseo de los coches, cuya anchura es de 71 piés.

Don Manuel observó que Enrique escuchaba atentamente lo que el extranjero y su amigo decian; y sentándole á su

lado en una silla, el niño siguió prestando la mayor atencion. Los otros continuaron su conversacion.

—Uno de los mejores adornos del Prado son las fuentes, dijo el extranjero, que son de buen gusto.

—Todas fueron dibujadas por el eminente arquitecto D. Ventura Rodriguez, y ejecutadas por diferentes artistas: cerca del paseo de Atocha está la de la *Alcachofa*, llamada así porque arroja el agua por una alcachofa con niños agrupados, obra de D. Antonio Primo, y la columna, que sostiene la taza, el triton y la nereida de D. Alfonso Vergaz; á la salida de las calles de San Juan y las Huertas están las *Cuatro fuentes* iguales en la forma; á la entrada por la Carrera de San Gerónimo, se encuentra la de *Neptuno*, con la estatua del Dios de las aguas en pié sobre un carro, que consiste en una concha tirada por dos caballos marinos, y al rededor delfines, ejecutado todo en mármol blanco por D. Pascual de Mena; en medio del *salon* tenemos á nuestro lado la de *Apolo*, con dos pilones y un cuerpo en el centro con escalinatas, conchas, á que va cayendo sucesivamente el agua con grato murmullo, estatuas que representan las cuatro estaciones, y una de Apolo, todas por D. Manuel Alvarez; por último, á la entrada del *salon* por la calle de Alcalá se halla la fuente de *Cibeles*, en la que se vé á la diosa sobre un elegante carro, obra de D. Francisco Gutierrez, tirado por dos hermosos leones, que fueron hechos por D. Roberto Michel.

—Tambien embellece este paseo aquel esbelto obelisco que se destaca sobre el azul del cielo, allá á nuestro frente y un poco sobre nuestra derecha, hácia la subida del Retiro.

—Es el monumento del *Dos de Mayo*, que recuerda aquel día de 1808 que fué de luto para Madrid; pero que inauguró la gigantesca guerra de la independencia, una de nuestras mayores glorias nacionales. Vd. es alemán, y bien puedo espresarme así, sin temor de herir su amor propio. Decretada por las Córtes en 24 de Mayo de 1814 la creación de este monumento, se construyó muy posteriormente por el modelo de D. Isidro Velazquez, con muy ligeras variaciones, concluyéndose en 1840. Compónese de cuatro cuerpos: el primero es un zócalo de ocho lados, con cuatro graderías y cuatro flameros; el segundo es un gran sarcófago, en cuyo frente principal está colocada la urna de mármol que encierra las cenizas de las víctimas; el tercero consta de un zócalo de ocho lados y un pedestal cuadrado de orden dórico, con cuatro estatuas de nueve piés de altura, que representan el patriotismo, el valor, la constancia y la virtud del pueblo español, y por último, el cuarto cuerpo está formado por el lindo obelisco cuadrado, cuya base es de cinco y medio piés, y su altura de cincuenta y dos. Está circundado por una verja de hierro colado, y el espacio intermedio plantado de cipreses y otros árboles.

—Ya estuve ayer sentado junto á la verja, esperando á un amigo que me pre-

sentó luego en el jardín que está enfrente.

—El *Tivoli*, posesion concedida por el anterior rey al pintor D. José Madrazo.

—Justamente: y sus alamedas, casino y hermosa rotunda, me trajeron á la memoria las *quintas* de Inglaterra y las *villas* de Italia

—¿Y no ha visto Vd. mas jardines ni paseos desde que se halla en Madrid?

—Sí tal: he salido por donde estubo la puerta de Atocha y por el paseo de las *Delicias*, he llegado al puente de Santa Isabel sobre el canal de Manzanares, he recorrido la estensa pradera y he vuelto por el *Embarcadero*, y el paseo de Santa María de la Cabeza.

De jardines solo he visto el *Real Casino*, que tiene una elegante entrada en el paseo de la *Ronda*, cerca del portillo de Embajadores, posesion que, segun me informaron fué regalada por el Ayuntamiento de Madrid á la reina doña María Isabel de Braganza en 1818.

—Veo que observa Vd. y que estudia todo lo que ve, y que no será perdido el tiempo que emplea en sus viajes. ¿Le parece á Vd. que continuemos paseando?

—Vamos, dijo el alemán levantándose, y ambos se alejaron.

—¿Has oído? preguntó D. Manuel á Enrique.

—Todo, papá. ¿Me llevará Vd. al *Casino*?

—Sí; y tambien á otros jardines y paseos que nos falta ver todavía.

JOSÉ MARÍA DE LARREA.

HISTORIA DE LOS HOMBRES

célebres de Grecia

PARA ENSEÑANZA DE LOS NIÑOS.

LOS SIETE SÁBIOS.

TALES.



HORA niños míos que hemos concluido la reseña de los héroes enaltecidos á Semidioses entre los griegos, os daré noticia de los hombres notables que ocupan un lugar en su historia, y cuyo nombre por variadas causas se ha hecho universalmente conocido, y se conserva de generaciones en generaciones. Esta enseñanza debía seguir y completar las anteriores, y es casi tan necesaria.

Empezaré por hablaros de aquellos que merecieron la honorífica denominación de sábios y de filósofos, porque la filosofía entonces, y para aquellos paganos que carecían de la palabra divina y de la Revelación (que es uno mismo) no era, como lo ha sido después para muchos espíritus que se apellidaron fuertes, pero que no eran sino extraviados, la enemiga, sino la predecesora del Cristianismo, la que vislumbrando por

solo las luces de la razón un solo Dios perfecto, creador y omnipotente, desechaba ya las monstruosas creaciones de la Mitología.

El primero de los Sábios así denominados es por su orden Tales.—Nació en Mileto, 640 años antes de la era cristiana. Hizo varios viajes para instruirse, y estuvo mucho tiempo en Egipto, donde estudió con los Sacerdotes de Memfis geometría, astronomía y filosofía, y á su vez enseñó á aquellos á medir exactamente sus famosas Pirámides.—Volvió después á su patria, y fundó una secta filosófica, que se llamó Jónica.—Vivió noventa años, y nunca se casó; cuando su madre le instaba á que lo hiciese, contestaba cuando mozo: es demasiado temprano, y entrado en años: es demasiado tarde. Era en extremo distraído; en una ocasión por alzar la vista para observar los astros, no vió una zanja y se cayó en ella; una vieja que esto presenció, le dijo: —¿Cómo queréis conocer lo que hay en el Cielo si no veís lo que está á vuestros piés? Compuso tratados sobre metéoros, equinoccios, etc., que no se han conservado. Hé aquí algunas de sus máximas.

1. Lo mas antiguo que existe es Dios, porque es increado; lo mas bello es el mundo, porque es obra de Dios; lo mas grande el lugar ó espacio; lo mas pronto la inteligencia; lo mas fuerte la necesidad, y lo mas sábio, el tiempo.

2. Lo mas difícil que hay es cono-

cerse á sí mismo; lo mas fácil aconsejar á otros.

3. La felicidad del cuerpo consiste en la salud, la de la inteligencia en el saber.

Cada uno de estos Sábios tenia una figura ó hieroglifo, que servia para distinguirlos entre sí. El de Tales era un Sordo montado sobre una mula, con lo que significaba que abundan las cosas malas en el mundo, porque los Sordos tenian fama de serlo, y las mulas lo son.

Solucion de la Adivina anterior.

LA BELLOTA.

ADIVINA.

*Quien la hace no la quiere,
Quien la vé no la desea,
Quien la goza no la vé.*

FERNAN CABALLERO.



Á EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

Espiritu invisible
que velas á mi lado,
Espiritu sagrado
mi eterno guardador.
De tus amantes ojos
el resplandor divino,
alumbre mi camino
con místico fulgor.

Mis pasos vacilantes
sostenga tu clemencia,
y sé de mi existencia
amparo celestial,
que á tu incansable celo
mi corazon confio;
recfbelo, Ángel mio,
y apártalo del mal.

Y nunca me abandones,
tu brazo me defienda,
y en esta estrecha senda
segura marcharé:
Serás mi dulce amigo,
serás mi tierno hermano,
y un corazon cristiano
y humilde te dará.

Sobre tu frente augusta
reclinaré mi frente,
y en ella claramente
verás mi porvenir:
porque la faz revela
nuestra inquietud ó calma:
mas ¡ay! si ves mi alma
¿qué mas puedo decir?

Tú contarás mis horas ,
 tú calmarás mi duelo ,
 y tu amoroso al cielo
 mis preces llevarás ;
 y si mi Dios contigo
 gracia y perdon me envia,
 tambien el alma mia
 ante El conducirás.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

CUADROS HISTÓRICOS.

XXI.

Conquista de España por los Arabes.

Aterrados los godos con el desastre del Guadalete, y no dándoles lugar Tarif á reponerse de la sorpresa, despues de premiar á los que mas se distinguieron, y de recomendar á los soldados, segun costumbre de los musulmanes, no ofendiesen á los pueblos y vecinos pacíficos é inermes, respetasen los ritos y costumbres de los vencidos, y solo hostilizasen á los enemigos armados, vino hácia Toledo con un cuerpo de ejército, dirigiendo otros dos hácia Córdoba y Málaga.

Pronto estuvo delante de la córte de los visigodos, porque la noticia del infortunio junto á Jerez, la fama del valor y ligereza de la caballería árabe, y el terror de los dispersos, todo infundia el pavor en las poblaciones, huyendo ater-

rados los nobles y el clero, y abandonando las familias sus hogares á la aproximacion rápida de los invasores. Toledo podia resistir, y pidió capitulacion, que le fué otorgada con las condiciones que á las demas ciudades impusieron: respeto á las personas y propiedades, libre ejercicio de la religion cristiana dentro de los templos, y regirse por sus leyes y jueces. En vano resistieron algo Ecija y Córdoba, y Málaga abrió sus puertas á los que las hubiesen franqueado.

En esto Muza, envidioso de la gloria de su lugar teniente, y porque no eclipsase la suya, entró en España el año 712 con 10,000 caballos y menor número de infantes. Habia mandado á Tarif suspendiese hasta su llegada todo movimiento, y comprendiendo este moro la significacion de tan intempestivo mandato, reunió en consejo á los oficiales, é informándoles de la orden del *Wali*, les manifestó se someteria á su dictámen.

Unánime por seguir tras los vencidos, aceleró su venida Muza, y avanzó por donde no habian pisado los escuadrones de Tarif. Llegó á Sevilla, que tomó al mes de asedio, pasó á Lusitania, y desde allí á Mérida. Sorprendido de su grandiosidad y magnificencia empeñóse en tomarla por la altivez con que fué contestada su intimacion. Desesperanzado de rendirla con las fuerzas que trajo, mandó á su hijo Abdelazis, que habia dejado en lugar suyo, viniera con cuantas pudiese allegar. Heróica fué la defensa de los sitiados, y cuando habrian tenido que alzar los sitiadores el cerco, llegó Ab-



Villegas del.

Lit. de J. Aragón Urzua 20.

delazis con 7,000 caballos árabes y 5,000 ballesteros herberiscos. A vista de tan considerable y oportuno refuerzo, los godos, faltos ya de provisiones, y sin

regresó á Toledo, cargado de ricos despojos, entre ellos la célebre y preciosa mesa, llamada de Salomon, guarnecida de piedras preciosas, y salió al encuen-



Sisebuto (1).

socorro, tuvieron que capitular, quedando en rehenes la reina Egilona, viuda de Rodrigo.

Noticioso Tarif en su escursión por las Castillas, de que se acercaba Muza,

tro del Wali, llevando algunas preciosas joyas que ofrecerle, esperando templar con ellas su enojo. Tan luego como el vencedor del Guadalete vió al viejo Muza, se apeó respetuosamente. La entre-

(1) Lo compendiado de estos artículos no nos permite que cada retrato ocupe el lugar que le corresponde: seguimos en su colocación el orden cronológico, y nuestros jóvenes lectores volviendo la vista á los cuadros anteriores encontrarán fácilmente el que les es relativo.

vista fué fria y severa. «¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó con altivez. Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarif, á fin de no dar tiempo al enemigo para reponerse de su derrota, y porque así creí servir mejor la causa del Yslam.» Y presentóle las joyas que llevaba, que aceptó el avaro Muza. Pasaron luego á Toledo, y allí preguntó Muza á Tarif por la preciosa mesa de Salomon. Presentósele el africano, pero falta de un pié, que de intento habia quitado, con singular prevision, diciendo no obstante haberla encontrado así. Destituído y preso, ya veremos las consecuencias que tuvo la division que el gobernador árabe inició entre los suyos y los africanos.

Teodomiro, que hizo proezas en la batalla del Guadalete, se habia retirado á Orihuela con las reliquias del ejército godo. Proclamado rey de aquella tierra, marchó Abdelazis á reducirle. Cercado, vátese Teodomiro de una estratagemá, que le vale el tratado de paz mas ventajoso que registran las historias. Disfrazá á las mujeres de guerreros, y corona con ellas y sus soldados la muralla. Fuerte así á los ojos del enemigo, reconócele, mediante un soberano tributo, soberano de Orihuela, Valencia, Alicante y Lorca. El mismo Teodomiro, fingiéndose su enviado, ajustó la paz, y se descubrió despues, aplaudiendo el árabe su astucia. Y cuando entrando juntos le dió el godo á conocer sus improvisados guerreros, imitando con sus cabellos la larga barba de los soldados, y muy pertrechadas

de cascos y lanzas, aplaudió el hijo de Muza el ardid, y se rió de su engaño, dandando desde entonces la cordial amistad que se tuvieron.

Mientras ocupó Abdelazis gran parte de Andalucía, su padre devolvió á Tarif de orden del Califa el mando de las tropas, y avanzando éste por el oriente de España, y por el norte aquel, la redujeron, no sin heroica resistencia de Zaragoza, contra la que se reunieron ambos ejércitos.

La distinta conducta de ambos caudillos, tan desinteresada y dulce la de Tarif, como ambiciosa y fiera la de Muza, y su rivalidad, obligó al Califa á llamarles á su presencia, y compareciendo, lleno de fausto el uno, y ornado el otro únicamente del sencillo laurel de sus victorias, el pié de la mesa verde sirvió á Tarif para que el Soberano condenase á Muza por calumniador, cuando presentándole la mesa se atribuyó su hallazgo.

La España goda ha desaparecido con una facilidad y rapidez, que solo esplican, en la constancia española, la política de los árabes, tan distinta de los romanos. Amilanada y todo como quedó con la jornada infausta del Guadalete, el principio religioso la hubiera realentado á no respetarle los invasores. Pero dejando á los vencidos el libre ejercicio de su culto, y tratándoles con una moderacion que no esperaban, escasa fué la resistencia.

A. PIRALA.

FÍSICA RECREATIVA.

V.

Porosidad.

Llegado el momento de regresar á casa, el padre de Julio, temiendo que fuese difícil dirigir la barca en que habían venido río arriba, decidió volver por tierra, con lo que se lograba además variar la diversion, cambiando de escenas.

Francisco se encargó de buscar un borrico: al efecto fué á casa de un primo suyo, jardinero, que vivía cerca de la granja, y al poco rato volvió al trote montado en el jumento. Convinieron todos en que alternarian, montando un rato cada cual.

Pusieronse en camino, cediendo muy galantes el primer turno á una hermana de Julio, y si bien los juegos habían fatigado un tanto á los jóvenes paseantes, sin embargo, el placer de pisar una bella pradera cubierta de verde y blanda yerba, les hizo olvidar el cansancio.

Francisco servía de escudero á Rosa, que cabalgaba en el jumento, y marchaban delante; Eduardo y Julio les seguían formando el cuerpo de ejército, y á retaguardia venían los señores mayores. Habrían caminado ya como una media legua, cuando Francisco parándose repentinamente, se puso cara al viento y aspiró con fuerza.

—Qué te pasa, amigo Francisco? di-

jo Eduardo dándote en el hombro; pareces un perro perdiguero.

—No es mala caza la que yo huelo, contestó, es menester apretar el paso; aun nos falta media legua, mirad las golondrinas que bajo traen el vuelo, y aquel verdieron como se espulga las alas en el sáuce; oís los gansos y los pavos de la quinta como graznan?

—Tienes miedo de los pavos? dijo Julio riendo.

—No, pero temo la lluvia que se acerca.

—Creo que tiene razon Francisco, continuó el padre de Julio que ya había llegado á reunirse con ellos; me parece que vamos á anegarnos, apresuremos el paso ó busquemos donde cobijarnos, porque la nube está encima.

Todos avanzaron al trote, pero esta marcha forzada duró poco rato, pues en vano golpearon al caprichoso jumento; ni palos ni voces, pudieron obligarle á que corriese; se contentó con enderezar las orejas, levantar el hocico, aspirar el aire, y dar un atronador rebuzno, que retumbó en la inmediata colina, y vino á confundirse con el estampido del trueno.

Gruesas gotas de agua comenzaron á caer; las señoras se inquietaban por sus sombreros de paja de Italia; Rosa, por su manteleta de color de tórtola, y todos por alguna prenda de su traje, incluso Francisco, que había estrenado pantalon y chaqueta aquel día.

Provisionalmente encontraron al paso una gruta, tallada en la roca al pare-

cer; todos corrieron á refugiarse en ella, y Rosa renunciando á luchar por mas tiempo con el obstinado jumento que no queria caminar, se apeó y fué á reunirse con su madre y demas familia. Francisco que habia salido garante del burro, no quiso abandonarle, y sufrió estóicamente el hallarse envuelto en una nube de polvo, pues el caprichoso animal, se tiró al suelo, y comenzó á revolcarse; fácil es comprender cómo quedaria el pantalon y chaqueta despues de haber recibido el polvo, convertido poco despues en barro por el agua que caia abundantemente.

La gruta en donde se habian refugiado era la entrada de una cantera en explotación.

Eduardo, ávido siempre por instruirse y examinarlo todo, se internó bastante por la galería subterránea, seguido de Julio y de su padre.

Repentinamente se ofreció á su vista un espectáculo nuevo, imponente y grandioso; quedaron admirados al ver unas grandes bóvedas talladas en la roca, semejantes á los gigantescos arcos de una catedral; contemplaron la infinita variedad de colores formados por los prismas de la piedra cortada, y los curiosos pendientes de estaláctitas formadas por las filtraciones del agua que caia gota á gota.

Pasada la primera impresion de sorpresa se ocuparon de los detalles. Varios obreros, provistos de lámparas, se hallaban diseminados por las sinuosidades de la cantera, ocupados en cortar esas enor-

mes muelas que se emplean en la fabricación de la harina.

Queriendo Eduardo explicar á Julio el mecanismo de que se sirven para separar estas masas circulares, se acercó á un jóven, que estaba sentado sobre un pedrusco, y que parecia cuidar de los trabajadores.

—Hay alguna piedra, le dijo saludando, que esté á punto de ser estraida?

—Sí señor, contestó; allí, en aquel ángulo, los crujidos que se oyen anuncian hallarse ya la operacion al terminar, y acto continuo guiando él mismo á los viajeros, los condujo á una especie de plataforma, en la roca, algo elevada del piso. Veíase en ella una grande circunferencia trazada por cuñas de madera blanda y esponjosa, que habian sido introducidas de trecho en trecho en agujeros hechos á propósito: aquellas cuñas, que un obrero remojaba con agua hirviendo, ocasionaban los fuertes chasquidos que se oían, y la piedra se hendia en el sentido del perímetro trazado.

Eduardo miraba con atencion, y contemplaba asombrado aquella piedra, que parecia taltarse por sí sola en forma de muela, asombro de que tambien participaba Julio, quien dirigiéndose á Eduardo dijo:

—Reflexiona, busca y adivina; veamos si tu fisica sabe esto.

—No tengo nada que adivinar, contestó Eduardo, todo eso se explica por la porosidad.

—Con qué la porosidad es la que hace todo eso? exclamó Julio.

—Sí señor ; el agua hirviendo penetra por los poros de la madera, hace que se hinche, la piedra cede á esta fuerza, y se abre.

—En qué consiste la porosidad? preguntó Julio.

—En ciertos intervalos diminutos que se encuentran entre las moléculas de los cuerpos, por eso habrás observado que un cubo, mientras está húmeda la madera, es decir, mientras sus poros están llenos de agua, se mantienen apretadas las duelas, pero si se le deja al sol sin agua, se evapora la que había en los poros, disminuye el volúmen de la madera, cesa la presión que unas duelas hacen contra otras, y caen los aros, desbaratándose todo.

—Aquí tiene Vd. un ejemplo bien notable de la porosidad de ciertas piedras, dijo el picapedrero, y señaló en la bóveda una parte de la roca, por donde filtraba con abundancia agua clara como el cristal.

—Hay algunos casos mas de porosidad en las canteras? preguntó Eduardo.

—Como no sea la piel de esos pobres hombres que tallan las piedras, contestó el obrero sonriendo; mirad como rezuma el sudor por ella.

—Teneis razon; nuestra piel viene á ser efectivamente una red, cuyas mallas son muy estrechas, pero elásticas.

—El hierro, el oro, el cristal, y aun el diamante, que es tan duro, son porosos? preguntó Julio á Eduardo.

—El hierro debe serlo, contestó éste, puesto que varía de volúmen al ca-

lentarse ó enfriarse, y tambien pueden llamarse porosos el cristal, y aun el diamante, puesto que se dejan penetrar por el calor y la luz.

—Ahora recuerdo, dijo Julio, que tambien la humedad atraviesa por los poros del cristal; pues cuando se pone agua helada en una botella, esta se recubre luego de imperceptibles gotas que atraviesan por sus poros. ¿Es cierto que no hay piedra mas dura que el diamante?

—Es indudable: pero entre las piedras comunes, continuó Eduardo, ¿cuál piensas tú que debe ser la mas blanda?

—Toma, quién no sabe eso, la piedra pómez y la creta.

—Y sin embargo, con la piedra pómez se pulimenta y aun desgasta el mármol, y con la creta y otras tierras se saca brillo á los metales mas duros; en fin, un continuado frote con la mano, que no es piedra ni tierra, llegaria á desgastar el objeto frotado.

—Y con eso qué quieres decirme, exclamó Julio, para mí ya son cosas sabidas, y creo que la dureza es una palabra sin verdadera significacion.

—No siempre, contestó Eduardo, eso depende de la disposicion de las moléculas; pero dejemos esta materia á un lado, porque es muy árida, y la física que nos proponemos aprender no es la de los sábios, sino un curso de observaciones prácticas, útiles al par que curiosas.

Francisco, que habia llegado hasta allí, y que hacia un rato escuchaba la conversacion, se puso dando un salto grotesco delante de Eduardo.

—Qué te parece, dijo, ¿es la porosidad la que ha consumido la mitad de mi pantalon? si esa señora continúa así, antes de una hora me quedo en cueros.

Efectivamente, estaba en el estado mas lastimoso que puede calcularse, pues como no habia querido abandonar al borriquillo, aguantó el chubasco á campo raso, toda la ropa se empapó en agua, y el pantalon, que era de hilo y nuevo, se encogió de tal manera, que por la cintura dejaba descubiertos tres dedos de camisa, y por las piernas subia hasta encima del tobillo.

—Has acertado sin saberlo, contestó Eduardo riendo, la porosidad es en efecto la que ha descompuesto tu vestido.

—Ahora comprendo tambien la causa de una cosa que ayer me sucedió; seria la porosidad, esa señorita que se ha propuesto divertirse á mi costa, continuó Francisco.

—Pues qué te sucedió? dijo Julio.

—Que hice una cometa, y despues de mojar y encolar perfectamente el papel, lo coloqué sobre las cañas; ya creia tenerla acabada y la puse al sol, pero conforme se iba secando el papel se partia, y las cañas, tambien húmedas, se encorvaron.

—Efectivamente, el agua introducida en el papel y en los poros de la caña al evaporarse con el calor, hizo contraer uno y otro, observó Eduardo.

El padre de Julio hizo notar á los tres jóvenes que iba á oscurecer, y que puesto habia pasado la tormenta, convenia ponerse en marcha de nuevo, para llegar

á casa antes de que anocheciese por completo.

EMILIO DE TAMARIT.

MODAS DE NIÑOS.

Explicacion del Figurin que se reparte con esta entrega.

Los jazmines y las azucenas esmaltan los jardines con su purísima blancura; los ardientes rayos del sol escitan á los pajarillos á entonar sus mágicos conciertos entre las ramas de los árboles, á cuya sombra acuden otros hechiceros pajarillos á confundir con los primeros sus agradables melodías: estas segundas avecillas son los niños, que al aproximarse la estacion de las flores abandonan la jaula que mas ó menos ricamente los ha retenido en prision durante el invierno, y corren á reir y cantar por las frondosas alamedas del Retiro ó por el Salon del Prado.

En el primero de estos paseos, sobre todo, es adonde se reune mayor número de esos hermosos ángeles, que con trajes á cual mas caprichosos, invaden el *Parterre*, deleitando la vista y alegrando el espíritu de cuantos aciertan á pasar por aquellas avenidas. Todos ellos ostentan trajes sencillos, vaporosos, extraños á cual mas, y seria imposible escoger en aquella encantadora reunion el vestido mas lindo, ni el niño mas bello, dudando si es el traje el que realza su

infantil hermosura, ó si esta por el contrario es la que da al traje su atractivo.

Paseando una de estas tardes por las frondosas calles de cierto jardín particular, llamó nuestra atención un interesante grupo. Figuráos, lectores míos, una señora jóven y hermosa, que apoyada en un banco de césped, aguardaba tranquila la terminacion de un altercado que han promovido dos hermosos niños que la acompañan, y en el cual no toma parte, porque le agrada observar en esos momentos de expansión las bellas cualidades de sus hijos. La niña, que parecia tener unos cinco años, defendía un lindo perrito, que llevaba con un cordón, de las diabluras de su hermano, que con una rama en la mano hacia rato que ostigaba al pobre animal: éste se acogía á su jóven ama como demandando protección, y la niña, que en vano quería con razones contener á su hermano, estaba á punto de romper á llorar por el daño que causaban á su pobre perro, cuando el niño, conociendo su mala acción, arrojó lejos de sí el sarmiento, y tranquilizando á su hermana, principió á hacer caricias al perrito, que no tardó en pagar con sus dulces halagos el arrepentimiento del niño.

Estas lindísimas criaturas, que á su tierna edad manifestaban ya sus bellos instintos, estaban ataviadas con un gusto que hablaba muy alto en pró de la solícita madre. Llevaba la niña una blusita de poplin color de rosa, adornada por una tira blanca de cachimir, cubierta de un dibujo de trencilla azul: el escote de es-

ta blusita, que era cuadrado, dejaba ver una camiseta alta bordada, y la manga de la blusa, abierta por la sangría, daba salida á otra manga de batista con puño: completaba este traje un sombrerito de castor blanco, con plumas y cintas de color azul celeste.

El niño vestía una sencilla blusa de pelo de cabra, gris, abierta por delante, adornada de arriba á abajo por presillas de cordón negro, sujetas á uno y otro lado con botones, cayendo algo flojas de en medio. El cuello y mangas interiores eran de batista lisa: el pantalón corto, y liso también de abajo, y las botitas negras.

Estos sencillos vestidos que hemos descrito, realizaban notablemente los encantos de aquellos hermosos niños, que llevaban además una prenda que siempre es de moda; que sin ella los más bellos trajes parecen incompletos, y que cual ningún adorno aumenta la hermosura de los niños.

Queréis saber cuál, lectores míos?

Era la expresión de bondad que sus buenas cualidades imprimían en sus rostros infantiles. Estas son, niños míos, vuestro mejor atavío; ellas realzan mucho mejor que los adornos vuestros encantos.

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.



LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ.



O pudiendo el califa Aboul-Abbas hallar la felicidad en medio de los honores y riquezas que el vulgo le envidiaba, dejaba con frecuencia los palacios encantados en que los hombres obedecían á sus caprichos, para correr solo y libre al través de los bosques, los campos y las montañas, pidiendo á la naturaleza la dicha que su poder le rehusaba: mas una secreta y desconocida inquietud le perseguía por todas partes, hasta el punto de llegarle á ser la vida insoportable. Sin embargo, como tampoco queria abandonarla, llamó á su córte á uno de esos sábios reverenciados en Oriente, que tenia el dón de leer el porvenir en las estrellas, y de curar las enfermedades reputadas incurables.—«Padre mio, le dijo, enseñadme el arte de ser feliz, y la mitad de mi imperio será vuestro.»—Nada mas fácil, respondió el sábio; procúrate, sea por el medio que quiera, la camisa de un hombre feliz, pon sobre tu real persona ese precioso vestido, é inmediatamente sentirás como por encanto reanimarse tu espíritu y saltar tu corazon de gozo, como el recental al lado de su madre.

Así que Aboul-Abbal oyó este oráculo, llamó á su gran Visir, hombre el mas hábil del imperio, á quien tenia confiado

sin temor las riendas del gobierno, y le dijo: «Tregua á los negocios de Estado; se trata de otra cosa muy diferente. Vas á recorrer todo mi Imperio, observa atentamente lo que se presente en tu viaje, y tráeme la camisa del primer hombre feliz que encuentres; si eres tú, amigo mio, ese hombre, prosiguió el Califa, no tienes necesidad de ir tan lejos á buscarle.» El ministro, despues de inclinarse profundamente, tomó la venia del príncipe, y fué á pedir sus caballos.

Empezó sus pesquisas en la ciudad, que servia de residencia al Califa, con cuyo objeto llamó á la puerta de un antiguo negociante que habia acumulado montones de oro traficando en las Indias, y que poseia las riquezas de un soberano, sin tener los disgustos del poder; pero esto era precisamente lo que faltaba á su felicidad. El pobre hombre confesó al Visir que no sabia qué hacer de sus tesoros ni de sus ratos de ocio, y que toda su ambicion consistia en obtener un modesto empleo en la córte del Califa. Ah! decia, ¡ si me fuese permitido solamente abrir ó cerrar una de esas puertas de oro que conducen al trono de nuestro augusto soberano! ¡ Estoy cierto que solo á su lado está la felicidad!—Insensato! dijo el Visir, alejándose sin responderle nada.

En la calle se encontró á un juez que venia de su tribunal hablando con un guerrero, á quien la última campaña habia colocado entre los héroes; la multitud los saludaba con exclamaciones que elevaban hasta las nubes, la rectitud

del uno, y el valor del otro. Al verlos exclamó el Visir. «Aquí no debo tener mas dificultad que la eleccion,» y los llamó aparte cuando la multitud se hubo alejado. «Confesad, les dijo, que debéis bendecir vuestro destino, y que no os queda nada que desear sobre la tierra.»—Hablaeis por éste, dijo el magistrado mostrando al guerrero; ¡qué existencia mas brillante y animada! mas para mí, ¡qué de disgustos y fatigas! ¡qué monotonía en mis ocupaciones!

¡Yo dichoso! dijo el guerrero, cuando á cada instante la muerte puede arrebatarme riquezas, honores, familia! Él es el feliz, añadió dirigiéndose al magistrado.

Vamos, dijo el Visir, saliendo de la poblacion, ya veo que no es en las ciudades sino en el campo donde es preciso buscar la felicidad: mas ¿qué halló? labradores que se hastiaban desu silencio y oscuridad, que se avergonzaban de su arado, y que no aspiraban mas que á casar sus hijas con ricos cortesanos, con el fin, decían, de que ellas fuesen mas felices que su padre.

El Visir fué á buscar á una casa aislada en medio de los bosques, un poeta cuyas obras habia leído y á quien no conocia; estas obras eran cuentos y apólogos, que bajo un lenguaje tan correcto como armonioso, encerraban la moral mas tierna y pura. El autor, abrumado de deudas, despues de haber consumido todos sus bienes en locos derroches, no sabia cómo librarse de sus acreedores, de suerte que cuando vió aproximarse

al ministro y su servidumbre, se imaginó que venían á prenderle, y pidió perdón sollozando.

Estas son gentes muy desgraciadas, dijo el Visir, veamos pues aquellos que hacen profesion de curar á los demas, estos al menos deben haber encontrado la felicidad, é inmediatamente fué á buscar un médico que se habia apropiado los secretos de los árabes, y era célebre en todo el imperio por sus curas maravillosas; mas este médico no sabia curar sino los males del cuerpo, y su alma estaba enferma de ambicion, avaricia, y de otras muchas pasiones cuyo remedio ignoraba. En seguida del médico vió el Visir á un fakir que constantemente tenia á Alá en los lábios, al Profeta y la vida futura, pero que no pensaba mas que en adular al príncipe, brillar entre los cortesanos, y gozar de la vida presente.

Como el enviado del Califa continuase todavía sus pesquisas, leyó encima de la puerta de una casa de mediana apariencia, al salir de la del fakir, una inscripcion que decia: *Aquí se aprende el arte de ser feliz.* Era la habitacion de un filósofo, que habia escrito un gran libro sobre la felicidad, y que al ver al gran Visir, comenzó un largo discurso sobre este tema. «Está muy bien, dijo el ministro interrumpiéndole, pero ¿me será permitido pregun taros si sois feliz?» A esta pregunta el filósofo dió un suspiro, y respondió que esperaba llegar á serlo algun dia, pero que todavía no lo era.

Desesperanzado el Visir de hallar lo que buscaba, volvía tristemente á palacio, cuando apercibió en medio de una verde pradera á un jóven pastor, brillante de vigor y salud, que tan pronto cantaba con toda la fuerza de sus pulmones, como saltaba y brincaba, lo mismo que el rebaño que estaba á su cuidado. Ved mi hombre, exclamó, sujetadle y quitádle la camisa, sin hacerle ningun daño, mas si rehusa darla, quitádsela á la fuerza. El pastor no queria dejarse aproximar, y dió un vigoroso golpe al primero que puso la mano sobre él; se entabla la lucha, pero muy pronto sucumbe al número; dueños ya de tan robusto atleta, le tiran al suelo, le despojan de sus vestidos, mas ¡ay!... este hombre feliz ¡¡¡ no tenia camisa!!! (Tomado del francés.)

C. INZENGA.

PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

EDAD MODERNA.

ALONSO DE CÉSPEDES.

Nació este valientísimo y forzado capitán de los tercios españoles en el Orcajo, pueblo de Extremadura, en 1518. Desde su mas tierna infancia hizo alarde de un valor y de una fuerza hercúleas. En la guerra de Alemania, siendo ya ca-

pitán, pasó á nado el ancho y caudaloso río Albis con otros nueve amigos, llevando las espadas en la boca, para ganar unas barcas que del otro lado guardaban los enemigos. Delante de Felipe II hizo parar en Aranjuez la rueda de un molino. En una iglesia de Barcelona, como impidiera el concurso á cierta dama tomar agua bendita, arrancó la pila Céspedes y se la puso delante. A un alguacil que en Toledo queria quitarle la espada, le arrojó á un tejado. (Esta espada pesaba catorce libras.) Tambien ganó como soldado en la rebelion de los moriscos de Granada el formidable castillo de Frigiliana.—Abandonado por su gente en una algarada de esta misma guerra, murió á manos de todo un ejército, gritando á sus amigos:—*La muerte es vida, cuando se pierde por Dios, por la honra y por la patria. Seguidme, seguidme.*

HERNANDO DE ALARCON.

Famosísimo por sus altos hechos de armas, y mas particularmente famoso por haber sido el guardador de Francisco I, rey de Francia, cuando cayó vencido en Pavia, y mas tarde del Papa Julio III cuando, tomada por asalto Roma, estuvo preso en el castillo de Saint-Angelo. Nació Hernando de Alarcon en Palomares de Huete en 1466, y murió en Nápoles en 17 de Enero de 1540.

MODESTO INFANTE.